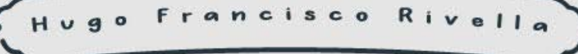
POEMAS DEL DESPENADO HUGO FRANCISCO RIVELLA









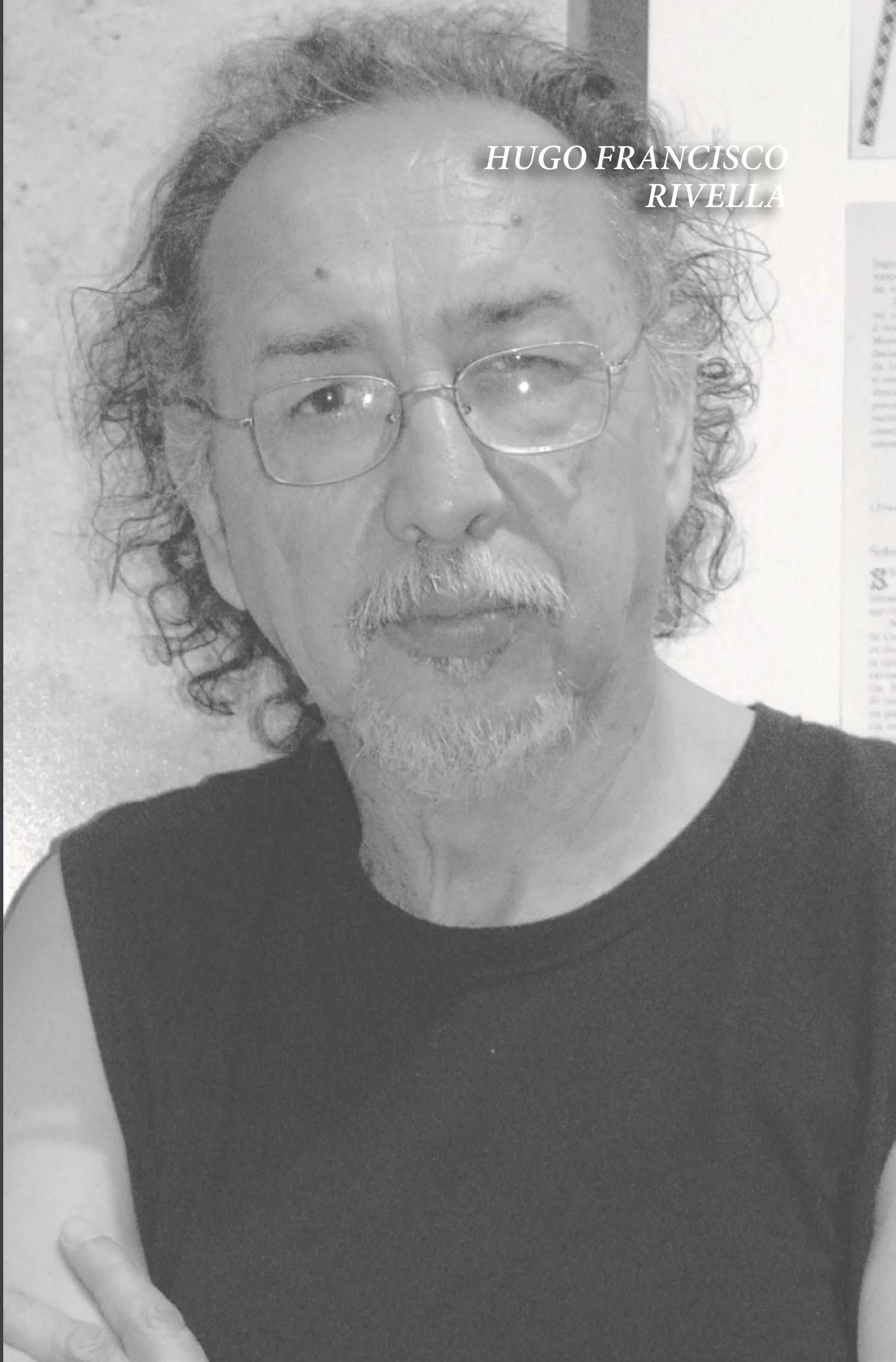
Hugo francisco rivella

Poemas del despenado



Colección
Lima Lee





HUGO FRANCISCO RIVELLA

Hugo Francisco Rivella

Nació en Rosario de la Frontera, Salta, Argentina, en 1948.

Ha publicado *Algo de mi Muerte* (1981), *Yo, el Toro* (Alción, 2008), *De Fuego y Sombras* (2010), *Piedra del Ángel* (2011) y *Espinas en los ojos y siete poemas de barro* (2014). Ha recibido premios de poesía como los Juegos Florales Centroamericanos y Panamá (1985), el Internacional Jaime Gil de Biedma y Alva (2010), el Premio de Poesía Mística Fernando Rielo (2013), el Internacional de Poesía en Paralelo Cero del (2016), el Premio Internacional de Poesía Rubén Darío (2016), entre otros. Escribió los libretos del programa de radio «Los Ocultados», Radio Nacional Córdoba. Ha compuesto canciones con Carmen Guzmán, Ramón Navarro, Alberto Oviedo, Ica Novo, Chato Díaz, Mario Díaz, Ernesto Romero y Rubén Cruz.

Poemas del despenado

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Andrea Veruska Ayanz Cuéllar

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

POEMAS DEL DESPENADO

He de morir del modo en que he vivido

He de morir del modo en que he vivido. No seré como
el cóndor que tiene un solo amor y se deja morir
cuando la muerte se lleva lo que amó como un soplido.
Vuela, se eleva y se deja caer desde la altura cuando
pliega sus alas y en el aire es una ráfaga que ya no
/ pertenece a tanta muerte.
Bendito cóndor, agua sublime.
He de colgar del árbol como Judas pues traicioné la
senda y la mirada del hijo que he soltado de la mano.
Fui un pirata en los mares del sur, crujía mi calavera
cuando mi espada atravesaba el alma de algún náufrago,
/ y fui un ladrón en las garras del tigre.
Tendré mi muerte así, pura y desnuda.
Escribiré un poema en el ocaso, garrapateado en la
/ sombra del hombre que fui,
tal vez,
de ese modo se recuerde mi nombre a la luz de una
/ lámpara.

Es fría la muerte, madre

A Margarita Rivella

Ahora es fría la muerte, madre.
Yo cerré tus ojos sobre la cama en que yacías: En ella te
dormiste para siempre, mientras Tina calentaba agua
/ para el mate.
En esa casa, madre, por última vez soñaste los lapachos,
la lora con sus verdes lloriqueos y el piar de las gallinas
/ contra el cielo.
Luego tiré una sábana desteñida sobre tu cuerpo que
/ también dormía.
Ahora camino por la casa, madre, y siento que todavía
anda tu corazón entre las buenas noches, las alegrías del
/ hogar y las dalias.
En esa casa,
madre,
viviste los duraznos, las granadas y las noches en que
hacías empanadas para matar el hambre. Fuiste feliz
conmigo, con los nietos, con la risa más clara de Leonor
/ y la flor memoriosa de los días.

En esa casa, madre fuiste el amanecer y el adiós con sus
/ lágrimas.
Ahora es fría la muerte, madre.
Te mueres en un hospital como un fantasma y en la Sala
Tal de la Casa mortuoria cuatro luces fosforescentes
/ parpadean sobre tu cadáver.

Mi madre ronda los círculos concéntricos

Mi madre ronda los círculos concéntricos.
Ella sabe que en el hombre suceden laberintos, espejos
/ que lo invaden con rostros infinitos;
y el hombre se trastorna,
dubita,
cuelga su corazón, lágrimas cuelga de su lenta tristeza;
a veces cae y el golpe es tan tremendo que muerde
/ caracoles,
asfalto, su alquitrán y las suelas del barro clavadas en el
/ alma.
El hombre
—madre—
el hijo— tiene el sueño a zarpazos de un dios
/ enfurecido,
se equivoca y rehace el camino a los tumbos, jinete de
/ un caballo de mar y de los astros,
de la estrella en un charco, de las tribunas repletas de
/ domingos,
del ruin y el procesado por portación de rostro,
de una risa al cuadrado de todas las galaxias
El Hombre

—madre—
el hombre—
es el dios de los días, construye con minúsculas ramas el
/ árbol de la vida,
y entre que va dormido se despierta
y entre que se despierta
sueña y canta.

De Centro de Tormentas, Primer Premio Poesía
Concurso Sec de Salta, 2008

Yeguas y rosas

En ellas, a la Vida

La lluvia,
el mar que se desboca,
y las amazonas, desterrando el paisaje hacia otros cielos,
cruzan Angastaco, van hechizadas por Tarija.
Juana Azurduy desguasa las arenas,
se hunde en la patria donde respiran potros que la
/ sueñan,
Hilda Guerrero endulza Tucumán
y las Diosas de Puerto Cabezas queman naves de polvo
/ y caladura.
La flor del mburucuyá guía los pasos de Delfina al
corazón de un tal Pancho Ramírez y Mariana de Jesús es
una lágrima en el niño que arrodilla su ternura.
¡Ah, la piedra!
¡El Fuego!
¡Lo que sueña!

Todas sienten que el siglo de los siglos las sostiene.

Cleopatra en las tinieblas fue una rosa y fue la
/ inteligencia en una espada.
Juana de Arco florece en la ceniza, arde en Ruán y
/ todavía su llama nos alumbra.
Mary Wollstonecraft, cuando la vida era un espejo que
/ la muerte acunaba,
escribe que la mujer es libre
y es la fragua del sol y de la noche
Hellen Keller me toca y un relámpago tañe en la
/ oscuridad.
Rosa Luxemburgo esculpe la palabra libertad
y el mundo tiembla

Una yegua de mármol muerde su espinazo.

Yeguas de desaparecidos

A Julio César Rojo Luque

Cuando el trampero llora la fuga de los pájaros,
hay que rodear al mar que es fuego,
niebla del aire y de la rampa.
No mentiré mi amor, ni escribiré palabras con mi
/ sangre,
suficiente saber que en la penumbra tiembla también la
voz del asesino. Tiembla porque mi madre lo busca en
los escombros como busca la hendija el presidiario.

Hay rosas de papel con los nombres del muerto en cada
/ página.
¿Dónde pondré mi corazón cuando se desgaje mi
/ esqueleto?
¿De qué me servirán estos papeles o los poemas sueltos
/ a mi patria?
¿Qué parte de mí ha olvidado vivir, y qué voy a hacer
/ con la muchacha

que amé en secreto hasta la madrugada?
¿Su cintura?
¿La línea de su cuerpo y de sus ojos vendados en mi
/ lengua?

Las yeguas vienen a mí,
a golpear con sus patas mi nostalgia.
Llenarme de estallar con las rosas que tienen las espinas
/ de la noche.

Hay que rodear la sombra de la muerte con pequeños
/ fueguitos de colores.
No dejarla que bufe.
Amordazarla.

Hay que yeguar el cielo de galopes hasta que caiga
/ pisoteado.

De: Las Yeguas y las Rosas, Primer Premio Paralelo Cero, 2015

El mundo

A Juan Forn

Pasó el mundo ante mí… y yo era el mundo cavado por
/ la furia,
la flor que despertaba su esqueleto y la marca del fuego
/ en el pecho de dios.
Fui la canción de cuna que la madre cantaba mientras
/ mecía a su hijo,
el templo de la plaza solitaria del pueblo,
la ciudad con sus calles cansadas,
somnolientas,
la mañana que aturde los barrios pobres y el sol
/ despanzurrado entre gatos y alcobas.
Iba ardiendo la noche su fracaso,
corría por el pescuezo de un caballo de mármol,
le mojaba las piernas a la niña violada y era un soplo sin
/ alma en los ausentes.
Yo era el mundo,
su apenas,

su siemprevivo siendo,
el poema que estorba,
el mar agazapado entre rosas y peces,
la consigna que grita el olvidado,
la máscara de trapo que oculta lo que digo,
la oración que despide al muerto que lo ignora.

Yo era el Hombre y el mundo una extraña metáfora que
/ lo desdibujaba.

Yo era el mundo pasando.

Celebración de la alegría

Chaplín cruza la calle comiendo una manzana.
Lo corre un policía con un garrote oscuro,
lo besa una muchacha con los ojos cerrados y su rastro
/ se pierde por calles derrumbadas.
Chaplín frota una lámpara lo mismo que Aladino y el
/ genio de la risa exilia la tristeza.
En un puerto de azúcar encallan barcos,
soles,
monigotes, mendigos de la noche.
No sé si fue en París,
ni si fue en la frontera,
ni siquiera recuerdo el año que recuerdo,
solo recuerdo un tren entre la muchedumbre,
el ala de papel de mi imaginería y el cine cagándose de
/ risa por los cuatro costados.

El reloj de sus pies sigue marcando exactamente la diez
/ y diez.
Pasó el mundo ante mí.

Se desbocaba.

De: Poemas en la Lengua de un Sonámbulo, Primer Premio Concurso Provincial de Córdoba 2015

Poema III

El ojo sucio
porque el ojo estalla entre rocas y mares y dolores
dolores en la piel en lo que huele en los siglos pasados
/ con sus mamas al aire
sobre el lomo del río
el tormentoso roce del muerto en el camino
el ojo limpio de leer a Castilla de ensuciarse en
/ Bukowski de sangrar con Rimbaud
de andar como Ungaretti caído en los instantes o ser
Montale ardiendo con sus gibas el ojo bisbiseado de
Vallejo y los toros que Lorca desvanece en Nueva York
cada verso a estertores respirado en la nuca del verdugo
/ y su espada.
el ojo en el cielo que dibujan los pájaros
los ojos de la niña que se asombra en los peces que
/ buscan caracolas y tesoros perdidos
el ojo del avaro que reseca la risa que vigila cual cíclope
/ el oro y las monedas
que el mercader ensucia con el alma
el ojo desgastado del muerto en una esquina en la zanja
del miedo crujiendo sus metales el ojo que ha empezado

a leer las letras que desandan el abecedario
papá mamá te amo carbón agua tristeza
el ojo que se cierra para que venga el sueño y lo acune
/ una diabla de azúcar y de nieve
y haga rondas y cante y vuele y enamore y haga feliz la
/ tierra
el ojo de la madre que en el tumulto busca el regreso del
/ hijo girando en el tiovivo
los ojos del Che y el siglo en sus entrañas
la bala que lo busca sin poder encontrarlo
porque ha mucho tiempo que entre fieras
salió a juntar eternidades

El amor

Que pase como un viento o un tropel de caballos,
pero que pase, ay sí, que pase pronto,
que venga con las siete plagas de la Biblia o con los soles
/ negros del Chilam.
Que haya un toro bufando en tus enaguas y sea un tifón
de furia arrasando palmeras, derribando edificios,
que vuelen por el aire los bancos de Manhattan y la
Bolsa haga un crac en Malasia y en Tokio.
Que al Louvre le roben los cuadros de Gauguin,
que a Siqueiros le lluevan los murales,
que se derrita Groenlandia y se indigeste el Papa con
/ murciélagos.
Que nada quede en pie, ni siquiera la cama donde
/ pienso quererte,
amarte,
desguazarme,
sacarme los tornillos que tengo en la cabeza y ponerme
a rodar tan mudamente que el silencio atrase mi reloj
y un pétalo haga ruido en el poema que escribo
/ tontamente.

Canción del olvido

¿Cómo lavar el patio de la casa si tu ausencia ha
/ impregnado mis ojos?
¿Qué fue de las acacias, del samán, del naranjo?
¿Del libro de historietas con dibujos de Lalia?
¿Quién oculta tu cuerpo de maduras raíces, de exóticos
/ perfumes, de caderas rugientes?
¿Cómo dejar limpia la casa sin andar tropezando con
tus cabellos negros, con tus ojos, tus dientes, tu pollera?
De tripas corazón, de brisa un huracán, hacer con cada
astilla un fuego interminable y echar adentro el peso de
tu adiós, el beso que me diste rozándome el ocaso, la
manzana mordida con la marca del agua y el camino a
tus pechos sombreado y silencioso.

¿Cómo sacarme el alma de a tirones del pecho si dios se
/ parece a la palabra derrota?

De: Ojo Astillado, Alción, Córdoba

Lluvia en la infancia

Cuando miro llover se me vuelve el corazón de azúcar.
Cruza mi madre el pueblo.
Espada del invierno que se afila en la piel de la pobreza.
En cada gota
                        cuenta sus monedas el agua.
El avaro se mete a juntar mariposas
a las que luego encierra en sus ojos de cuervo,
en su corazón de hondura rota.
Los niños saltan con sus risas de música
para que la primavera se haga fuga de pájaros.
Las mujeres se llenan de los ríos
que la lluvia
          como en cascadas vírgenes por sus pechos le
                                                                                    / bajan.
El hombre las penetra sagradamente casi
y en sus lanzas, el tiempo, atesora distancias.

Cuando miro llover
por mi lengua resbala la infancia de los días.

Confesión del poseso

Fui un lector de poca monta. No
hubo raíces en mis lecturas, todo por arriba,
en el fondo: Nada.
Como el mago que tiene una capa en la que oculta al
/ mundo,
y luego te deshoja como una margarita.
Escribo porque soy audaz.
Porque no le temo al ridículo y poco me importa si el
/ Canto Ceremonial
Contra un Oso Hormiguero cumplió 50 años o si Ezra
Pound era un viejo fascista que Hemingway salvó del
/ cadalso. No tendí
las sábanas en donde Onetti hizo su última morada,
ignoraba si Faulkner era un espejo cóncavo reflejando
la luz de Yoknapatawpha city, cardones, arboledas o
/ algodones…
y la pobreza sin miramientos sobre las casas.

Tampoco viví el amor como se debe:
A orejazos con la muerte, con los ojos hundidos,
con sed de dromedario.

Aparece mi madre en mí estas cosas,
al revés o al derecho,
me arrimaba a su falda con un sueño redondo,
y yo, mareado de ternura, contaba las estrellas como
/ un halcón hambriento.

Tengo un sinsabor que no puedo identificar,
también,
en mi lengua,
la ignorancia hizo lo suyo.

De: Espejos equivocados, Ciudad de Córdoba, 2018

La distraída fiel

A mi Sangre, Antonio Preciado

En el candombe se mece el huracán
y la mulata, que en el escenario sueña ser
/ Witnney Houston,
no sabe que la diva se escurrió de las manos de dios y se
/ entregó a Morfeo.
Afuera sigue el siglo con muecas y jaguares.
En el bolsillo del juez asoma un alacrán.

Atraco el bus,
me siento al lado de mi sombra,
le pego un pisotón y me hago el distraído.
La miro de reojo,
la muy hija de puta no se altera,
sigue como si nada,
impertérrita, libre, con los pelos al viento que me
/ quedan.

Me agazapo,
total,
cuando me vaya,
no tendrá más remedio que seguirme.

Recurrencia

Cuando no puedo más con mi tristeza y el cielo es un
/ ave de plomo,
recurro a un poema de Vallejo.
Cuando se estruja mi corazón y voy como un camello
/ huérfano
recurro a un poema de Vallejo.
Cuando mi pueblo se llena de aguaceros y el compañero
/ Rojas escribe livertad
recurro a un poema de Vallejo.
Cuando mi madre sueña con caballos
recurro a un poema de Vallejo.
Cuando el pan en la mesa es un milagro de harina
recurro a un poema de Vallejo.
Cuando la mujer escribe ni una menos en la piel y en
/ los huesos de Dios
recurro a un poema de Vallejo.
Cuando una flor se agosta y el perro de la noche ahueca
/ sus ladridos
cuando sale la luna cuando llueve o escancia cuando
/ braman los toros
cuando hago el amor y se curan mis cicatrices cuando

/ canto estornudo
me pican los mosquitos me duele el occipucio sin
/ remedio

cuando respiro
recurro a un poema de Vallejo.

De: El caleidoscopio del sufriente, El Ángel editor, quito, Ecuador

Canción a una cebolla

A Miguel Hernández

Cebolla,
tus encajes de lágrimas van cayendo a mis manos de
/ finísimas culpas,
Deshojo
el perfume de tu vestidura porque en ella me lloro
me quieres no me quieres te olvido y desolvido te
/ encuentro y desencuentro

Hay ráfagas de mar cuando ruedan los ojos del cuchillo
/ y su filo
Diamante inaccesible, oculto en tus polleras hay una luz
/ cilíndrica
Terciopelo de ortiga.
Rosa invisible
Tus pétalos reviven amores olvidados,
me pican
en la lengua con sus sapos de vidrio

pero en el fondo
tu corazón no existe

Detrás de cada velo que descorro solo encuentro a tu
/ nombre sollozando

La cabeza del ebrio

A mi cabeza no la seduce el libro de Ted Hugues
ni la rosa sonámbula de Molina y la escarcha.
Mi cabeza es una náufraga de estrellas y cometas.

Dos monedas de luto resuenan en sus dientes,
la siegan espadas de sombras,
la arrastran caballos tormentosos que anidan
en su lengua de barro.

Mi cabeza es una flor enterrada en el viento.

Morirme en plena lluvia

La lluvia golpea con todos sus fantasmas.

La casa es parte de lo que vivo y he vivido,
No encuentro resquicio en donde no estén mis uñas,
mis manos untadas con argamasa,
el olor a pino de sus muebles y el juguete indefenso en la penumbra..

Llueve sobre mi casa.

He pensado morirme un día de lluvia,
con Los Heraldos Negros de mi suerte,
morirme sin parar hasta que nadie
me escuche ni me llore ni se ría ni se apiaden de mí ni de mis versos.
Llorarme a ciencia cierta, científica y decididamente muerto.

Es extraña la lluvia, la secuencia íntima sobre cada uno de nosotros.

Morirme en plena lluvia desearía,
lo que pasa,

es que siempre alguien te presta su capote.

Poesía

Defino al viento a la zarza bramando al pez los clavos
el rugido del río.
Cruzo abismos y sobrevuelo el tiempo,
precedo al que desgaja la noche, que relata victorias y se
unta de miseria.
Al borde del camino he encendido una pira y arrojé
la culpa el odio el cáliz del poniente la lágrima escurrida
del calvario.

Me expulsaron de la iglesia,
del ogro que sondeaba la cabeza del preso,
del paisaje extraviado en el demente.

Soy el corazón del Hombre,
la memoria de Dios

el Cristo ateo que reza una oración para salvarme

Lectura en braille

Es difícil pensar que el mar no se desboque,
o en cada trazo renazca la palabra posible,
la pequeña fogata que Tohil lleva en sus ojos.

Paso los dedos por la línea de puntos
como si en el papel se acunara mi niño.

Vienen hacia mí jinetes invisibles.

Repaso cada nota del crepúsculo,
los tachones del viento en el cuaderno que intenta ser
un ala,
la noche despidiéndome con un adiós infinito.

Me dejo estar mientras sube la vida a pisotearme.

Aseveración indecisa sobre algo confuso

A Pedro Ale

La Poesía es intraducible.
El lenguaje la atrapa por un tiempo y ella
cruza los surcos de la noche, se enamora del fuego,
sitia al hombre.
Se vuelve resbaladiza
Y si no
¿Qué camino recorre en otro idioma? ¿En qué lugar del
verbo se desnuda?
¿Cómo suena entre palabras que la buscan
indecentemente?
¿Cae descuartizada al filo del silencio?

Fuera de la Lengua la Poesía es una grieta.

La Poesía es un amor irrepetible.
Una luz sin final.
Un círculo en la piedra.

Ella, puede llegar a ser lo que no quiere

y seguir siendo.

La canción del cosmonauta ebrio

Me di a beber los chispazos de Gelman,
su tristeza,
el poema desmoronado en su corazón, junto
a la fosa donde el hijo cuenta muñequitos para no
/ morir. Pude,
en el vino tinto, descubrir a los enanos de la noche.
Encontrar a Bustriazo Ortiz como un dios demencial y
/ a Hemingway tecleando
su underwood cabizbajo.

Canto
porque en el zarpazo del tigre hizo nido la paloma de la
/ paz.
Porque bajé al Infierno en donde Dimas escribe de
/ Almafuerte sus vergüenzas,
les desanda la espalda a pisotones y por su lengua
/ vomita infortunios.
Canto
porque vi al Bosco en los ojos de las ratas y a Raúl
/ Garduño comiendo
margaritas en la rue morgue.

Canto porque el Invierno desmenuza el rumbo
/ de la flor.
Canto a la Primavera deslumbrado.
Canto
porque estuve en la lluvia que se parece a dios,
en la espiga del trigo como una sombra rubia.
Canto
al perfume de tu cuerpo y al renacuajo del charco
/ a contramuerte.

La calle está dormida y en ella se balancea la noche,
la mujer rasgando los ojos del amante.

Canto porque mi madre enceguece la tarde, y el hornero
/ levanta
su casita en el mandarino en donde el grillo es centinela
/ de la rosa.
Canto
porque conocí a los Pájaros hombres de la selva
/ Lacandona,
anduve entre caballos de salto majestuoso y vi al
/ amanecer desde una estrella.

Canto
porque estuve en la Última Cena cuando Cristo miraba
con recelo a Judas Iscariote,
Canto porque al Siglo le araño las costillas, porque
/ Orihuela sangra.

Dame a beber la pócima del bien, de los
/ bienaventurados.
No dejes caer en el silencio a Eurídice ni te distraigas a
/ mirar la luna
cuando los peces duermen.

Siglo de seda y muerte, canto aunque tenga las
/ vísceras ardiendo,
aunque me persiga el desamor y naufrague mi corazón
/ en la desesperanza.

Canto y celebro al mundo dando vueltas ebriamente
/ loco en el poema.

De: La Canción Cosmonauta ebrio, Summa, Lima, Perú

Me viste correr madre

A mi casa vieja
A mis madres

¿Me viste correr madre?
Bajo el cielo fraguado a mi niñez te he perseguido.
Tu mano acarició mi rostro esa tarde redonda y pálida
en que no comprendí   ni tampoco pude llegar
Recuerdo al carrero con sus mulas areneras
y al muñeco de loza
enamorado de la siesta en las flores amarillas de la tipa.
También soñé la sombra del manzano perfumando los
/ patios vecinos,
la novela en la radio con aquel León de Francia
y a Mate Cocido huyendo por los ojos de mi abuela.
Un viento forajido se me cuela en el alma.

¿Me viste llorar madre?
Nunca pude decirte que te amaba.
Yo hacía un solitario con los naipes y me decía
que si ganaba lo gritaría dentro de tu corazón,

por tu ombligo,
por la punta de tus cabellos despeinados,
pero hacía trampa   madre
por eso no te lo dije

y hubiera sido tan distinto todo.

La casa esta sola

La casa está sola.

La sombra del aguaribay se destroza en el patio

en donde lo que fue surca las horas
poniendo telarañas   agujas de tristura
dientes postizos riendo de la espera,
silencios.
Todos los días asomo por el tapial para ver jugar
/ en el olvido
a los niños del baldío
que la tisis consumió en sus muros.
Me pregunto adentro.
El adiós como una cuerda trenzada rodea la casa
/ que respira
entre estertores y vapores que suben y colores que bajan.
El tiempo se ha endurecido en la piedra
y quemando mis ropas trasmuta los días en un
/ abismo colosal.
Creo ver en la cocina la olla de hierro,
memoria inerte de rondas y de espanto,
cuentos que van y vienen por las paredes

y a cincel y secretos esculpen mensajes de otras horas,
edades de llantos polvorientas.

La casa huye de mí que ya no existo.

De: Zona de otros días, Sec Cultura de Salta, Premio 2006

Canción de la soledad

Ya no sé qué hacer con este silencio.
Las llagas de la rosa me despiden del hombre,
acurrucan mi dolor, la risa,
el viento en donde el paisaje cae como un abismo
/ de flores
deshechas, abismadas,
solísimas y quietas.
Ayer pasó mi sombra con las manos desnudas,
(el ojo era un jaguar desterrado),
y en la quietud del patio,
mi madre,
arrullaba al niño que iba dejando en el camino.
Ahora soy mucho más que el que he sido,
(copla, viento, nudo, arboladura)
el que sube a las flores sin uso de la noche y zumba en la
/ cuerda del sol.
Respiro los caballos del miedo, sus cascos en mi piel,
el corazón del agua en una lágrima.

El silencio persigue mariposas.

Las aplasta contra mi tristeza...

Canción del olvido

¿Cómo lavar el patio de la casa si tu ausencia ha impregnado mis ojos?

¿Qué fue de las acacias, del samán, del naranjo?

¿Del libro de historietas con dibujos de Lalia?

¿Quién oculta tu cuerpo de maduras raíces, de exóticos perfumes, de caderas rugientes?

¿Cómo dejar limpia la casa sin andar tropezando con tus cabellos negros, con tus ojos, tus dientes, tu pollera?

De tripas corazón, de brisa un huracán, hacer con cada astilla un fuego interminable y echar adentro el peso de tu adiós, el beso que me diste rozándome el ocaso, la manzana mordida con la marca del agua y el camino a tus pechos sombreado y silencioso.

¿Cómo sacarme el alma de a tirones del pecho si dios se parece a la palabra derrota?



Colección
Lima Lee

